

Mons. Rafael Zornoza. Homilía.
Misa funeral por las víctimas de la pandemia del Covid-19
Domingo 26 de julio de 2020.

Mt 13, 44-52 / Rm 8, 28-30 / 1Re 3,5.7-12

Querido Pueblo de Dios, sacerdotes, autoridades, cofrades, Delegado de Pastoral de Enfermos, director de Cáritas y fieles todos;

Queridos familiares de los fallecidos, que habéis sufrido especialmente; queridos ancianos, hoy, día de San Joaquín y Santa Ana, patronos de los abuelos:

Nos reunimos para orar y para consolarnos con palabras de fe. Orar es un deber de caridad cristiana y de justicia. Nos hemos encontrado ante el zarpazo de la muerte de un modo trágico, invasivo, sin caretas, inexcusable. El volumen de la pandemia ha alargado la sombra del dolor y ha oscurecido muchos ánimos. Ante ella hemos reconocido nuestra radical fragilidad, y nuestras limitadas fuerzas.

Todo ello, ciertamente, nos ha permitido sacar consecuencias, ir más al fondo de nuestra existencia, reconocer las muchas tragedias de la humanidad en la que tanta gente olvidada sufre, y, compartiendo su dolor, hacernos más solidarios. También hemos levantado la mirada a Dios buscando respuestas, pidiendo clemencia y auxilio, encomendando, como hacemos ahora, a nuestros seres queridos y vecinos.

Recordaremos siempre la imagen del Papa en plena pandemia, sólo bajo la lluvia en la Plaza de San Pedro, mirando al crucificado. En él nos sentimos representados con toda la humanidad herida, pero no derrotada, afrontando las penas y dolores con la fuerza de Dios. Dijo el: “Con Dios la vida nunca muere”.

“Dios no ha hecho la muerte... El creó todo para que subsistiera” (Sab 1,13s). Con la caída de la infidelidad entró la muerte en el mundo. Aún así no tiene poder definitivo sobre el hombre. Ciertamente es “el máximo enigma de la vida humana” y produce en nosotros temor y ansiedad porque nos resistimos a desaparecer. Nuestra rebeldía ante la muerte muestra que el corazón

reclama la eternidad, responde al anhelo de eternidad que Dios ha puesto en nosotros.

La Iglesia celebra con Cristo la resurrección y la vida. Él nos abre las puertas del cielo, nos dice: no morirás; establece un vínculo con nosotros uniendo el cielo y la tierra, y de nosotros con los demás para siempre. Dios se ha hecho hombre para recorrer con nosotros este valle de muerte, para que no lo recorramos ya solos. Con Él se ilumina este tránsito misterioso, y, aunque nos estremece el hecho de tener que pasarlo, podemos decirnos: “hasta luego, nos veremos después”. Es la imagen sencilla y tierna que hemos visto también en el papa emérito despidiendo en la agonía a su anciano hermano, pero con la fortaleza de quien hace suyo el evangelio y las palabras de Jesús a Marta, la hermana de Lázaro muerto: “si crees, verás la gloria de Dios”, porque “yo soy la resurrección y la vida, quien cree en mí no morirá para siempre”. Sólo puede consolarnos la promesa de resucitar.

El Rey Salomón pidió a Dios la mayor riqueza: un corazón sabio, capaz de distinguir entre el bien y el mal (cf. 1Re 3,7-12). Se trata de la sabiduría de la fe que ha de desvelarnos, como nos decía el Papa Francisco “un plan para resucitar”. El resucitado nos quiere vivos, que fundamentemos la vida en Él, la roca firme en la que se puede construir la vida sin temor a la muerte, donde se aprende a servir, a entregar la vida por amor.

Con la mirada puesta en la caducidad de la vida y el fin de la existencia el Señor en el evangelio se compara a sí mismo como al mayor tesoro de incalculable valor, por lo que adquirirlo es el mejor negocio. Cristo es el tesoro escondido que aparece en el mundo con su encarnación y venida a nosotros. Todo cuanto se tiene o posee, todo lo que vivimos, se pone en juego ante Él, que nos muestra el gran negocio de la vida. Pero para cribar lo bueno de lo malo hemos de pasar por purificaciones. La actuación de Dios aceptada en nuestra vida nos salva, si estamos abiertos al Espíritu, pero nos destruye si estamos cerrados a Él. Volvamos a esa fe que la Iglesia custodia y comunica aun a través de la fragilidad de sus hijos. Una fe que nos ayuda a reconocer y cuidar nuestra común pertenencia, que nos empuja a cuidar de nuestros hermanos en su dignidad, pues están llamados a vivir para siempre.

En la pandemia hemos constatado entre lágrimas que nuestra vida repercute en los demás y que no sirven para nada los individualismos, el egoísmo

autónomo a ultranza, las posturas narcisistas; que las relaciones imprescindibles siguen siendo la familia, la verdadera amistad, el servicio que hemos visto con generosidad desbordante en los sanitarios y servidores públicos, en las fuerzas del orden, en la atención de Cáritas, en los sacerdotes, entre vecinos y amigos. ¿No son, en definitiva, los valores evangélicos los que demandan nuestros corazones a la hora de la verdad? ¡Qué preciosa experiencia la de millones de personas, que, a pesar de todas sus debilidades, han mostrado una fe que obra por la caridad! Los cristianos sabemos apreciar en ellos el brillo de la victoria, el reflejo del amor victorioso de Cristo resucitado; pero también reconocemos que el camino de la resurrección pasa por la muerte, que hemos de vivir entregando la vida, que no hay amor sin dolor. La dura experiencia de la muerte no es una broma. Sólo con la luz de la presencia de Cristo victorioso se ilumina lo más opaco de nuestro dolor. “A los que aman a Dios todo les sirve para el bien” porque la eternidad es el cumplimiento de la esperanza surgida en nuestro camino en esta tierra y la fe nos enseña a amar la vida, a contemplar su belleza, pero también que al final de la existencia nos acoge el Señor en sus manos gloriosas. “El nos ha llamado y justificado para destinarnos a su gloria (cf. Rm 8, 28-30).

En una crisis tan dolorosa sólo la fe puede despertar la esperanza de la vida eterna. Decimos a nuestros difuntos que Cristo resucitado nos abre las puertas del cielo, nos da la vida eterna, pero también que no se puede prescindir del vínculo con Dios y su amor que nos hace amar a la familia, el matrimonio, la paternidad.

El olvido de Dios nos llama a la conversión para amar, para fundamentar la vida en la roca que es Cristo y el evangelio, en la verdadera libertad que respeta la vida, la persona sin reduccionismos, el derecho al trabajo, la dignidad de los débiles y excluidos. Pidamos también nosotros con el salmista que la explicación de sus palabras nos ilumine la vida y nos haga sabios para vivir (Sal 118). Pidamos que Dios todopoderoso nos consuele, nos libre del mal, nos proteja y nos oriente hacia el bien haciendo siempre su voluntad. Oremos para que vivamos estos momentos de nuestra historia —como nos dice el reciente documento de la Pontificia Comisión para la Vida del Vaticano, *Humana communitas*— sin abatimiento ni resignación, sino con esperanza y conversión.

¿Volvamos a la nueva normalidad o volvamos a Dios? Mejor digamos, volvamos a la esperanza. Una sociedad sin Dios no ve su futuro eterno. Volvamos, pues, a la normalidad de la esperanza donde brille el poder de la Resurrección y se haga presente la esperanza futura para toda la humanidad. No basta que la normalidad sea que pase esta pesadilla cuanto antes y quitarnos las mascarillas. Recuperemos el rumbo, seamos más humanos, solidarios, serviciales, dando la vida por una sociedad más justa que vive según la conciencia moral, el ejercicio de la caridad política y del bien común.

Hermanos: Pidamos por los fallecidos, especialmente por los que dieron su vida en acto de servicio; por cuantos han perdido a un ser querido; por los heridos debido a las circunstancias del confinamiento; sanitarios, servidores públicos, fuerzas del orden y fuerzas armadas. Recordemos a nuestros ancianos. Honremos a nuestros muertos orando por ellos con afecto y gratitud: Dales, Señor, el descanso eterno; y brille para ellos la luz perpetua.

Pero también oremos por nosotros, para que vivamos dando la vida con esperanza y alegría por una sociedad mejor que busca el bien común y fomenta el bien, la verdad y la libertad, que respeta la dignidad de los débiles y cuida de los excluidos. Que Dios nos conceda su misericordia para que, con su ayuda, nos sirvamos de los bienes pasajeros de tal modo que podamos adherirnos a los eternos. Por Jesucristo Nuestro Señor. AMÉN.